Solemnidad. Domingo de Pentecostés.

Eureka, lo encontré

"Entró Jesús y se puso en medio de sus discípulos. Exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo". San Juan, cap. 20.

Arquímedes fue un sabio, nacido en Siracusa hacia el siglo III a. C. Un día, mientras se bañaba en un estanque, comprobó que los cuerpos físicos varían de peso, cuando están sumergidos en el agua. Fuera de sí, salió desnudo, gritando por las calles: "Eureka: Lo encontré". Ese descubrimiento le transformó la vida.

San Lucas cuenta que el día de Pentecostés los apóstoles salieron del recinto donde habían sentido un viento fuerte, donde habían visto unas lenguas de fuego, y llenos de entusiasmo, empezaron a contarles a todos lo de Jesús de Nazaret. Dice el evangelista que "estaban llenos de Espíritu Santo". Fue tan extraña su conducta que muchos los creyeron ebrios.

Jesús había prometido a sus discípulos enviarles su Espíritu. Ese Alguien que la literatura bíblica describe como viento, fuego, amor, inspiración, defensor, consolador. Esa fuerza de Dios que nos ayuda a vivir como hijos suyos. A mantener a todas horas la libertad y la alegría.

Luego de la resurrección, estando ellos reunidos en el cenáculo, llega Jesús, y exhalando su aliento sobre ellos les dice: "Recibid el Espíritu Santo". Como en todo lo humano, descubrimos aquí los signos que anuncian algo que nos ocurre dentro. Y los hechos que alcanzan nuestro interior y nos transforman.

Entonces captamos que la fe equivale a comprender, a darnos cuenta, a entrever que algo sucede en nuestra intimidad. Y que de ello Dios es el responsable.

Pero el Señor que madura los frutos, sin que los árboles den su consentimiento. Que viste de hermosura las flores, sin petición expresa de las plantas, nos regala su Espíritu, sólo cuando elevamos hacia El nuestros deseos. Todas las cartas de san Pablo nos dicen que Dios regala su Espíritu a quienes se lo piden. El nos guía cuando nosotros empezamos a desear ser conducidos. Cuando reconocemos su acción de Dios como indispensable en nuestros proyectos.

Cierta leyenda ilumina esta enseñanza: Un pequeño gusano, desencantado de todo, se fabricó una rústica vivienda en la hoja de árbol. Allí vivía en solitario, maldiciendo su suerte.

Alguna vez, una bonita mariposa se posó sobre la casa del gusano.

-¿Quién es, refunfuñó aquel?. -Soy yo, respondió la mariposa. ¿No te gustaría transformar tu vida, volar a las alturas, conocer también el firmamento?. El gusano se rebulló en su albergue que parecía una tumba. Y contestó de mal humor: No conozco la luz, menos aún podré imaginar el cielo.

La mariposa se quedó en silencio, pero empezó a batir sus alas y la casa del gusanito comenzó a balancearse en el vacío. Entonces el huraño inquilino asomó su cabeza oscura y miró con cariño a la mariposa.

Aquella noche, el gusano sintió que todo su cuerpo empezaba a transformarse. A la mañana siguiente, cuando su amiga regresó a visitarlo, se había convertido en una mariposa resplandeciente. Y los dos amigos salieron juntos a conquistar el espacio.

Para los niños de la catequesis, podemos concluir que aquel humilde gusanito había recibido el Espíritu Santo.

Y quizás él también pudo exclamar como Arquímedes: Lo encontré: El camino hacia una vida diferente.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.